Necesidades del mañana

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Gran parte del presente alberga potencialmente el mañana. Lo que un futuro traiga es por lo general efecto directo de las causas que residen en nuestras presentes circunstancias. Nada de lo que viene a la existencia puede proclamarse enteramente original en todos sus aspectos. El futuro planeado es, más comúnmente, la consecuencia de las deficiencias percibidas y de las imperfecciones del momento. En su ideal de perfección, el hombre sueña en crear aquellas cosas o condiciones que le representen en el mañana. A la inversa, el descuido de alguna función o necesidad esencial de hoy presagia su decadencia o cesación en algún tiempo del futuro. Por consiguiente, ¿podemos, inteligente y analíticamente, considerar el hoy y ver las necesidades del mañana? Si podemos, entonces nos atañe la responsabilidad de lo que sea el mañana.

¿Es perfecta nuestra moderna sociedad civilizada? ¿Sirve adecuadamente las necesidades de la humanidad? ¿Qué es la sociedad? Básicamente, es la relación organizada del hombre. No es posible que el ser humano se sostenga solo. Es dependiente. Aun en la mas primitiva cultura, en que los requerimientos del hombre son sencillos, él está consciente de que sus deseos no pueden realizarse plenamente sin la cooperación de sus semejantes. Además, los psicólogos, los antropólogos y los etnólogos están de acuerdo en que el hombre, gregario por naturaleza, encuentra su mayor satisfacción y gozo de la vida en asociarse con los demás humanos.

Diametralmente opuestas en la sociedad están la homogeneidad, por un lado, y la individualidad por el otro. ¿Hasta qué grado puede uno permanecer únicamente como individuo y, no obstante, adaptarse a las demandas esenciales de la sociedad? El hombre precedió a la sociedad. Existió antes de que ésta fuera concebida. Históricamente ha habido dos maneras de determinar la relación de la sociedad, es decir, del Estado al hombre. Un punto de vista es que la sociedad es un instrumento de servicio para el hombre.

Él la crea, como tratándose de una herramienta, para realizar lo que no pudiera llevar a cabo sin su ayuda. Es para proveerle ventajas por su colectividad, que el simple humano no podría alcanzar. En este sentido, es para proteger al débil y al anciano y, en teoría, para proveer de oportunidades que sólo son posibles mediante las contribuciones de servicio y habilidad de los agrupados.

Luego tenemos la otra y más abstracta concepción de la sociedad. Esta concepción fue primeramente expresada por Platón y los neo-platónicos. Esta teoría afirma que la sociedad o el Estado es *el ser más grande,* el mas ampliado, del hombre. El hombre no vive plenamente ni expresa sus totales potencialidades humanas hasta que participa como miembro de la sociedad. En consecuencia, el hombre debe vivir para la sociedad, no como individuo sino como un segmento del Estado. Al trabajar y contender con el Estado, está ampliando su personalidad. Hace un llamado a sus poderes latentes. Partiendo de este punto de vista, el Estado, la sociedad, es el aura de la

humanidad. Es lo complejo, lo mixto de cada elemento de la naturaleza del hombre. El Estado es más grande que el hombre, no sólo en el sentido numérico o cuantitativo sino *cualitativo.* La sociedad es la plenitud de la humanidad. Por lo tanto, el hombre debe vivir en tal forma que la sociedad refleje esta cualidad entera de la humanidad. Los hombres deben vivir para el Estado, pues de otra manera no viven completa y verdaderamente.

Por supuesto, la cuestión de libertad entra en estos dos puntos fundamentales de la sociedad. Aquí es donde radica el problema, hoy tan común en nuestras varias ideologías. En otras palabras, ¿cuál sistema político proporcionará al hombre la mayor libertad? En la primera teoría de la sociedad aquí expresada, donde se concibe como un mero instrumento de servicio, el hombre ha de retener toda la propia expresión individual, excepto lo que contribuye para crear y mantener el Estado. Cuando un Estado simplemente puede mantenerse, cuando no a muy grandes demandas sobre este, el individuo sólo necesita sacrificar poco de su iniciativa personal y de su libertad por él. No obstante, mientras más espera o demanda de la sociedad, mayor debe ser su contribución a ella. Luego, pues, mientras más restricciones se ponen a su propia expresión más se le requiere que transfiera o añada poderes personales al Estado.

Esta absorción de la libertad individual por el Estado es resultado de dos factores básicos. Primero, la norma más elevada de vida a que el hombre puede aspirar en la sociedad moderna, el individuo debe pagar ese precio en limitaciones, restricciones, imposiciones, reducciones y apresuradas contribuciones financieras y otras. Segundo, una sociedad en el mundo altamente competitiva y congestionada no puede proveer a los ciudadanos, con la misma facilidad, las ventajas acostumbradas. A fin de mantener sus normas debe hacer una incautación más amplia en la reserva de libertad que el individuo desea retener.

El segundo tipo de sociedad que, como se ha dicho, esta intentando extender la personalidad del individuo, obviamente no es popular. Es difícil para el individuo en general apreciar lo que la sociedad puede proporcionarle, que le compense el dar por ello casi toda su llamada libertad personal. Con los griegos, que fueron los primeros en exponer esta idea, el Estado se concibió como una especie de entidad etérea, no exactamente una estructura legal. Se le discurrió como un estado más elevado de consciencia para el hombre, una verdadera unidad de mente e ideales que puedan alcanzar los hombres.

Los hombres creyeron que viviendo para el Estado creaban una *imagen colectiva* de sí mismos.

Hoy, el concepto es falseado o mal entendido. De hecho, no se practica hoy en forma que esté en exacto paralelo con la idea de los antiguos griegos. El Marxismo o Comunismo, aunque cuente con vasto número de prosélitos, se desvía de esta primera concepción idealista. Para la mayoría de las demás gentes, la falseada concepción moderna del Estado, como la consecución final de los esfuerzos del hombre, se considera como una forma de tiranía. Es aborrecida como una invasión a la básica libertad humana.

Las necesidades del mañana son entonces que el hombre forme una nueva estimación de las palabras *libertad* y *sociedad.* Además, él debe encontrar una manera de reconciliar el verdadero significado de estas dos palabras si ha de esperar *paz personal* en el futuro. Una paz personal no es precisamente un silencio místico. No es justamente una concordancia o entonamiento meditativo con el Cósmico o con nuestra concepción personal de Dios. Dicho de otro modo, no podemos escapar a la realidad mediante una proyección de la consciencia dentro de un vacío abstracto. Estamos obligados a contender con nuestro medio ambiente en el que existimos físicamente y del que debemos darnos cuenta. Nuestra principal inquietud social de hoy, con sus ribetes de violencia, se centraliza alrededor de la cuestión de qué libertad podemos tener y, sin embargo, ser verdaderos miembros de la sociedad. En otras palabras, ¿cuál será el factor dominante, el individuo o la sociedad? Hasta que el individuo haga esta evaluación inteligentemente no podrá conocer paz personal ni paz social.

¿Más o menos religiosos?

¿Nos estamos volviendo más *religiosos* o menos? ¿Es esencial la religión a la sociedad del mañana o se convertirá en un obstáculo para el acelerado avance del conocimiento? ¿Presagia el estado actual de la religión lo que será o *deberá ser* el mañana? Hay varias definiciones filosóficas y psicológicas de la religión. En substancia, podemos decir que la religión es la creencia del hombre en un poder trascendente que puede utilizarse, por ciertos medios, para su bienestar aquí y en la vida venidera. Para aprovecharse de tal poder, el hombre esta obligado a ajustarse a cierta conducta de naturaleza moral.

De esta base, de cimiento psíquico o psicológico, han surgido millones de estructuras religiosas, es decir, sectas y sus varios credos y dogmas.
En un lado positivo, la religión ha sido un factor tremendo de contribución a la evolución de la cultura. En los estados místicos que ha producido en el hombre, le ha puesto *en concordancia* con el Cósmico, haciéndole que tenga profunda visión interna de la magnitud y majestad de la naturaleza y dentro de lo infinito de la realidad. Como resultado de tales experiencias, ha estimulado sus más altas emociones y sentimientos y le ha inspirado a creaciones que simulan la interna belleza que él sintió y concibió.

La religión, por lo tanto, produjo magníficas obras de arquitectura, literatura, música y arte. Extendió el propio interés de muchos para incluir lo concerniente al bienestar de otros, lo cual se manifestó en empresas humanitarias.

Desgraciadamente, no obstante, los aspectos positivos de la religión han sido con frecuencia violentamente contrariados por su aspecto negativo. El individuo de índole religiosa muy a menudo ha fracasado en darse cuenta que la base de la religión es la *experiencia personal subjetiva.* Es la respuesta interna y sublime del individuo a la magnitud del Cosmos, que infunde en él el espíritu religioso. La experiencia subjetiva es entonces expresada *objetivamente.* Se le interpreta objetivamente de acuerdo con la experiencia mundana del individuo, es decir, su educación, su medio ambiente, asociados, etc. En consecuencia, el individuo que tiene la

experiencia mística gravita entonces a un sistema, método o secta, que expresa en palabras y ritos aquello que parece armonizar con sus sentimientos psíquicos e interpretaciones personales.

El religionario más a menudo juzga su concepción e interpretación de su espíritu religioso como la verdad divina y absoluta. Confunde la universalidad de la motivación religiosa subjetiva con su cabal construcción individual e interpretación. De ahí que con demasiada frecuencia insiste en que su concepción es la verdadera, la inspirada divinamente, y él, por tanto, condena y rechaza las opiniones contrarias. Esto ha conducido al fanatismo religioso, a la intolerancia y a las guerras a muerte.

Ya que el devoto religioso siente una lealtad inalterable a su teología, se cree, asimismo moralmente recto al usar todos los medios a su disposición para apoyarla. Aun cuando todas las religiones abogan por la paz entre los hombres, muy a menudo ellas definen esta paz en los términos limitados y particulares de su propia concepción y afiliación religiosa.

Encontramos hoy diferentes sectas religiosas, como en los siglos pasados, que tratan de adquirir *dominio político.* Luchan por dominar parlamentos, congresos, legislaturas, cuerpos educativos y comisiones gubernamentales. Tiene como propósito la legislación y compulsión de aquellas leyes que les den supremacía y *restrinjan todas* las opiniones que difieran de la suya propia. Interpretan la justicia, educación y libertad de pensamiento y expresión, a la luz de su propio dogma.

Los candidatos políticos, los funcionarios de gobierno y la prensa, están con mucha frecuencia directa e indirectamente subordinados a la presión que la *religión organizada* y las instituciones religiosas tratan de imponerles. La libertad de consciencia es puesta a veces en peligro por la religión. El muy personal aspecto subjetivo de la religión, el motivo religioso, es condenado a menudo por la religión organizada debido a que no se somete a alguna formalidad externa, tal como a una iglesia o a una secta. El mismo sectarismo de la religión ha llegado a ser casi un símbolo de condición violenta.

Los solicitantes del servicio civil en algunos países del mundo y en muchas grandes instituciones públicas, están obligados a declarar su afiliación con alguna secta religiosa específica antes de ser aceptados. El místico, por ejemplo, que puede ser no sectario y que tiene una concepción estrictamente personal de lo espiritual o lo divino, y no puede conformarse conscienzudamente a una secta particular, es rechazado en muchos casos debido a su "inconformidad".

La escena política de hoy

Al considerar la escena política del mundo de hoy, a menudo contemplamos desacuerdos nacionales, disputas entre los países y aun guerras estrechamente relacionadas al factor de hostilidad religiosa. En el Cercano Oriente y en el Oriente hay dos ejemplos prominentes de estas diferencias políticas que se han iniciado por los religiosos. De ahí que en el futuro la religión deba ser privada y no pública. Debería ser posible que la religión

continuara reclutando adeptos entre las masas para sus diferentes sectas, pero los credos deben ser *privados* para la secta y no declarados o expuestos como la necesaria forma de expresión religiosa para toda la humanidad.

No debería hacerse ningún intento para forzar los puntos de vista mediante medios políticos u otros. Los llamados esfuerzos prevalecientes hacia la unidad religiosa son realmente una farsa. No existe un real intento de amalgamar las creencias de las diferentes sectas. De hecho, nunca podrá haber una religión universal, ya que, como antes hemos dicho, la *interpretación* de la respuesta subjetiva es diferente en cada individuo. En lo que debe empeñarse la religión es en la tolerancia de las creencias individuales y no en la unidad de credos.

Miremos el hoy con detenimiento y contemplemos lo que mañana habrá de producir en los demás aspectos de nuestra vida presente.